JULIUS KAKARIEKA S.

Profesor de la Universidad de Concepción

El problema de la democracia y de la dictadura en Maquiavelo

I. Entre la República y la Tiranía. Algunos Rasgos Biográficos

El año 1498 fué para la República de Florencia, recién liberada de la tiranía de los Médicis, uno de los años más dramáticos de su historia. Este año, precisamente, a consecuencia de enconadas luchas internas y disturbios callejeros, fué derribado Girolamo Savonarola. El hombre que había contribuído más que ningún otro a la restauración de la república y que, por espacio de cuatro años aproximadamente, supo gobernarla desde el púlpito del Duomo de Florencia, terminaba su extraña carrera política en la hoguera, víctima de intrincados odios partidistas, de intereses en pugna y de sus propios errores.

Nicolás Maquiavelo, hijo de Bernardo (un modesto jurisconsulto florentino), fué testigo ocular de este acontecimiento. Contaba a la sazón 29 años, edad suficiente para observar atentamente las cosas y para reflexionar sobre sus causas. El también había sido admirador del fraile y había acudido, junto con la muchedumbre de sus compatriotas, a escuchar sus sermones; sin embargo, su fe en el poder milagroso de este hombre se apagó pronto, tal vez más pronto que en muchos otros. Maquiavelo no creía, no podía imaginarse, que pudiera triunfar a la larga, en el tráfago de este mundo, un "profeta desarmado"; y los sucesos que estaba presenciando en aquellos memorables días de abril de 1498, constituían para él una confirmación rotunda de su punto de vista.

En la vida personal de Maquiavelo, sin embargo, representa este mismo año un vuelco de fortuna muy promisorio: a propuesta de su protector y amigo Marcello Virgilio (un notable humanista florentino), el Gran Consejo de la ciudad lo eligió secretario de la Cancillería de los Dieci, la que reunía las funciones que en nuestros Estados desempeñan los ministerios de Relaciones Exteriores y de Defensa. El cargo, en realidad, viéndolo en el engranaje institucional de la República de Florencia, era más bien de segunda categoría (no correspondería al cargo ministerial de hoy día) y era, además, modestamente remunerado; pero para las personas que sentían pasión por la política, abría vastas posibilidades de acción con toda suerte de satisfacciones internas. Para Maquiavelo que tanto interés ha demostrado siempre por los azares del juego político, la entrada en la cancillería significaba, indudablemente, un cumplimiento feliz de sus sueños juveniles.

Durante el desempeño de sus funciones en la cancillería, le fueron confiados, repetidas veces, misiones diplomáticas en el extranjero. De este modo, pudo conocer no sólo a los vecinos Estados italianos, sino también a los países como Alemania, Suiza y Francia. Como embajador florentino, permaneció durante algunos meses en el cuartel general de César Borgia, cuando éste es-

taba en medio de su cruel guerra contra los pequeños príncipes de Romagna.

El encuentro con César Borgia fué uno de los acontecimientos decisivos en la vida de Maquiavelo. En todas sus meditaciones políticas, volverá a aparecer, continuamente, la vigorosa y demoníaca personalidad del hijo de Alejandro VI, como modelo del hombre de acción. A Maquiavelo le tocó enfrentarse, dice Villari, "con un hombre que actuaba sin hablar; un hombre que nunca discutía hasta un extremo, sino que significaba sus ideas con un gesto o con un movimiento, dando a entender que ya había tomado su decisión o que ya la había llevado a cabo. Aunque consciente de que intelectualmente era superior al duque, Maquiavelo se reconocía inferior como hombre de acción, y percibía lo poco que valía, en medio del choque de las pasiones en guerra y de las realidades de la vida, la sutil ponderación y la reflexión cuidadosa" (1).

Podría parecer extraño que Maquiavelo, alto funcionario del gobierno republicano de Florencia, haya sentido tanta admiración por un Borgia, un déspota sanguinario, en cuyos planes políticos figuraba, por lo demás, la conquista de la propia Florencia. Además del habitual hechizo que experimentan los intelectuales frente a las robustas figuras de caudillos (a pesar de toda su brutalidad), es muy posible que haya habido en él, ya en aquel entonces, consideraciones políticas de una mayor envergadura, tal vez, la idea de la unificación nacional de Italia, la que habría sido factible solamente bajo la dictadura de un solo príncipe, una especie de libertador nacional (esta idea aflorará más tarde, en forma muy patética, en algunos pasajes de *El Príncipe*). Para ello, podríamos encontrar algunas analogías significativas en nuestra propia época, en que hemos visto a tantos y tantos demócratas convencidos manifestar, en nombre de un ideal u otro, sus francas simpatías por los tiranos de distinto cuño.

Además de la actividad diplomática, Maquiavelo se preocupó mucho de los asuntos militares de la república. El fué uno de los campeones más fervientes de la milicia nacional, del llamado "pueblo en armas", que, a su juicio, debía sustituir al corrompido sistema de ejércitos mercenarios. Esta idea, sin embargo, fué demasiado avanzada para la época. Ella pudo realizarse sólo unos trescientos años más tarde, en el nuevo ambiente creado por la Revolución Francesa. Todos los esfuerzos que desplegó Maquiavelo en este terreno, no dieron ningún resultado más duradero.

Con la caída de la república y la vuelta de los Médicis a Florencia, en 1512, empieza para Maquiavelo una época de reveses y amarguras. Lo destituyen, encarcelan e incluso someten a torturas (a raíz de un complot frustrado). A partir de 1513, vive desterrado en su pequeña hacienda de San Casciano, aislado de toda actividad política.

Sus cartas revelan una inmensa nostalgia por el mundo de acción en que le prohibieron tomar parte. Su alma sentía este aislamiento como una maldición, una burla del destino. Sin embargo, el desterrado político no sospechaba que su nombre y su fama se deberán, precisamente, a este dramático cambio de circunstancias. Porque la falta de actividad pública le obligó a consagrarse de lleno al estudio de los autores clásicos y a sus propios ensayos literarios. Además, sólo en el ocio y la soledad de la vida campesina, fué posible una reflexión más profunda sobre las experiencias vividas, y sólo allí pudieron surgir pensamientos grandes y originales. "Así como los libros no dicen nada a un corazón vacío —observa justamente Karl Brandi—, pero reintegran, en cambio, en sí mismo al de profundo sentimiento, así también el infortunio se revela como fuente del conocimiento. El desterrado, el Maquiavelo que rememora añorante el mundo de la acción, pudo convertirse en fundador de la moderna teoría política, en el sentido de la sobria y exacta observación" (2). En su retiro de San Casciano, compuso Maquiavelo sus obras más importantes: *Il Principe, Dis-*

corsi sopra la prima deca di Tito Livio y *I setti libri dell'arte de la guerra.*

Con todo, no dejaba de atormentarle un vehemente deseo de volver nuevamente al gran mundo de la política activa. Pero ¿cómo lograrlo? Sus esfuerzos por obtener la gracia de los Médicis, condición indispensable para ocupar cualquier cargo público en Florencia, fueron vanos por mucho tiempo. Ni siquiera *Il Principe* le sirvió para algo, su primera y más popular obra política, la que dedicó a Lorenzo de Médicis (nieto de Lorenzo el Magnífico). Aquél murió en 1519, acaso sin haberla leído y sin tener la menor idea de que Maquiavelo hubiera querido sugerirle una misión grandiosa: la de reunir bajo su cetro a toda Italia, para redimirla de una vez para siempre, de la dominación extranjera (3).

Más tarde, la familia gobernante se pone a confiarle algunos encargos, pero muy insignificantes y de escasa importancia política; encargos que no podían satisfacer las ansias de su alma inquieta. La única misión digna de su talento fué la que le encomendara el cardenal Giulio de Médicis, el futuro papa Clemente VII. Esta misión consistía en escribir la Historia de Florencia.

Después de la expulsión de los Médicis y la restauración de la república, en 1527 (el año del terrible "sacco di Roma"), el viejo republicano y ex canciller creyó oportuno el momento para solicitar su antiguo puesto en la Cancillería de los Diez. Pero esta vez tampoco se cumplió su gran deseo, el mayor de su vida. El Gran Consejo de Florencia rechazó su candidatura por una abrumadora mayoría, echándole en cara su "colaboración" con los Médicis. Este fué un gran golpe y el último de su vida. Pocas semanas después, Maquiavelo murió. El gran florentino terminó sus días en olvido y pobreza.

Wilhelm Dilthye nos da, en pocas palabras, un admirable retrato de este personaje: "Su rostro muestra apretados rasgos de un observador, pero nada de la fuerza de un carácter activo. Había un desequilibrio entre su carácter y su inteligencia, para la que nada parecía impenetrable. A pesar de todo su cálculo, era un *bonhonmme,* abandonado a sus pasiones, franco con sus amigos y conversador excelente... Cumplió en el cargo con celo y lealtad. Acerca de sus embajadas nos instruyen ahora numerosos documentos de una manera muy viva. Por todas partes dió muestras de un genial talento de observación, pero jamás su acción política le procuró una consideración sólida ante la opinión pública. Le faltaba aquella porción de hierro en la sangre que es menester para hacerse dueño del momento, mantener en la desgracia la dignidad personal y permanecer fiel a una causa perdida" (4).

II. La República, sus Ventajas e Inconvenientes

A Maquiavelo poco le interesan las especulaciones abstractas, sea sobre la naturaleza o el fin del Estado, sea sobre los fundamentos de la sociedad humana en general. Mucho más le gusta estudiar la praxis política, el arte de gobernar, la psicología de la gente, etc. Estos problemas cautivan casi todo su interés, porque son, según su juicio, de una actualidad más candente que los otros.

Por esta razón, tropezamos con ciertas dificultades cuando intentamos construir un esquema de su doctrina política, la que, en realidad, no constituye un sistema acabado. Hay que componerlo de trozos aislados, de pasajes dispersos a través de todos sus escritos.

Existen, además, dificultades de otro tipo: son las frecuentes contradicciones, imposibles de reconciliar entre sí aún por medio de un análisis más penetrante. Meinecke las destaca en su obra con las siguientes palabras: "Hay que poner de relieve en Maquiavelo una fuerte pasión propia del descubridor. Lanzándose sobre un objetivo determinado, olvidaba muchas veces lo que había pensado o dicho en otro momento. Intrépidamente y, a menudo, con cierto fanatismo, sacaba de la verdad descubierta sus

últimas y más terribles consecuencias, pero sin comprobar la relación que pudieran tener con otras ideas o convicciones suyas" (5).

Esto nos explica, en buena parte, las incongruencias que existen entre las distintas tesis que sustenta Maquiavelo. El que fué republicano y demócrata arrastra frecuentemente a su lector hacia el más puro absolutismo o la dictadura.

En todo pueblo joven que aparece en la historia, creando un sólido Estado, y en su sabio legislador que le da un conjunto de leyes políticas, percibe Maquiavelo la mayor cantidad de virtud, de esa energía, esa potestad de obrar, que anima la vida de las naciones. Nuestro autor no cree, sin embargo, que la primitiva forma de gobierno que es, según él, la monarquía, sea muy adecuada para la plena expansión de todas las fuerzas latentes en un pueblo. Más aún, piensa que con el tiempo ella puede convertirse en una traba.

Maquiavelo habla relativamente poco de la monarquía electiva. Tal vez, porque la considera efímera. Pero tiene para ella un indudable respeto. Otra cosa es la monarquía hereditaria. Ante ella, se muestra severo e incluso hostil. He aquí sus propias palabras: "Cuando después la monarquía de electiva (en los comienzos de la vida estatal, se elegían los más fuertes y valerosos como jefes de la comunidad.—J. K.) se convirtió en hereditaria, inmediatamente comenzaron los herederos a degenerar de sus antepasados, y prescindiendo de las obras virtuosas, creían que los príncipes sólo estaban obligados a superar a los demás en lujo, lascivia y toda clase de placeres. Comenzó, pues, el odio contra los monarcas, empezaron éstos a temerlo, y pasando pronto del temor a la ofensa, surgió la tiranía" (6).

La degeneración de la estirpe reinante y la tiranía son para Maquiavelo las consecuencias habituales del Estado monárquico. La degeneración, en la mayoría de los casos, no se limita a la corte real. Ella se extiende a todo el pueblo, contagiándolo con malas costumbres y la molicie moral. La tiranía, a su vez, aumentando progresivamente por razones de distinta índole sofoca, más y más, las libertades del pueblo y, con ello, todo afán político y todo sentimiento de responsabilidad. "En mi opinión —afirma Maquiavelo— era necesario que la monarquía desapareciera de Roma o que llegara a ser Roma, en brevísimo tiempo, débil y de ningún valer" (7).

La forma ideal de Estado la ve Maquiavelo en la república. Por esto, aconseja a los pueblos acudir a ella tan pronto como sea posible. Ya los primeros legisladores tienen que tomarlo en cuenta y hacer "muchas y buenas leyes apropiadas a la libertad" (8). El mejor legislador es aquél que da a su pueblo un conjunto de instituciones que le permiten gobernarse por sí solo, es decir: sin su ayuda y su permanencia en el gobierno. Algo de ese legislador tenía ya el legendario Rómulo quien "organizó inmediatamente un Senado que le aconsejara, y en cuyas opiniones ajustaba sus actos" (9).

Sin embargo, debemos recordarnos siempre que Maquiavelo se refiere aquí solamente a los pueblos austeros y valerosos, a los que están en posesión de la virtud. La república, en su opinión, no es una cosa para todos. Precisando esta idea, podríamos decir: la forma republicana de Estado requiere cierto nivel moral y cierta madurez política. Un pueblo que no posea esa madurez o un pueblo corrompido, decadente, tendría que abstenerse de esta clase de experimentos. Para él sería mucho mejor seguir bajo un régimen monárquico porque la república le traería los frutos más perniciosos: el caos y la anarquía. "Es verdad indudable —sostiene nuestro autor— que un pueblo corrompido que vive bajo la dominación de un príncipe, no llegará a ser libre, aunque éste con toda su estirpe desaparezca. Conviene, pues, que sea otro príncipe quien destrone al reinante. Un pueblo, en tales condiciones, no vive tranquilo sin tener señor" (10).

El pensador florentino dedica muchas páginas, especialmente en sus *Discursos,* para

destacar las ventajas que reporta una república. Le encantan, ante todo, las instituciones democráticas que crea el régimen republicano y que permiten a todo el pueblo participar en la vida pública del Estado. El desarrollo de esas instituciones es, indudablemente, largo y lento. La primera fase de la vida republicana es aristocrática u oligárquica. Solamente cuando se logra superarla, aboliendo el privilegio de unos pocos, aparece la genuina democracia. Aquí, percibe Maquiavelo las mejores posibilidades de la grandeza política: en un Estado donde todo el pueblo reconoce y apoya la "res pública" como su propia cosa. Unicamente en estas condiciones, la virtud de un pueblo puede alcanzar su verdadero apogeo.

Desarrollando esta línea del pensamiento de Maquiavelo, se puede considerar tres aspectos más característicos de la república: el valor de los esfuerzos colectivos en la vida del Estado, la abundancia y libre disponibilidad de todos sus talentos y la más amplia posibilidad para la realización del bien común.

Maquiavelo tiene mucho más confianza en la colectividad que en el individuo. Le parece que la república, donde todo el pueblo tiene acceso a la solución de los asuntos públicos, hace mejor política que la monarquía en que la voz decisiva pertenece a uno solo. "La multitud —dice Maquiavelo— sabe más y es más constante que un príncipe" (11). En la multitud se manifiesta la verdadera fuerza, el máximum de energía política, la que consiste en la extraordinaria variedad de sus instintos, sentimientos y razones. Desde ese punto de vista, la voluntad colectiva puede ser considerada incomparablemente superior a la individual. "No sin razón se compara —afirma Maquiavelo— la voz del pueblo a la de Dios, porque los pronósticos de la opinión pública son a veces tan maravillosos, que parece dotada de oculta virtud para prever sus males y sus bienes" (12). Como un testimonio de esta certeza de juicio, con que procede el pueblo, señala Maquiavelo los sucesos de la república romana: "Así era el pueblo romano —dice— mientras duró la república sin corromperse las costumbres; ni servía con bajeza, ni dominaba orgulloso, y en sus relaciones con las autoridades y cuerpos del Estado conservó honrosamente el puesto que le correspondía. Cuando la sublevación contra un poderoso era necesaria, se sublevaba, como lo hizo contra Manlio, contra los decenviros y contra otros que trataron de oprimirlo, y cuando era preciso obedecer a los dictadores y a los cónsules, les obedecía" (13).

Por lo general, la voluntad del pueblo se expresa en los sufragios. "Ningún hombre prudente —dice el pensador florentino— debe rehuir el juicio popular en las cosas particulares, como la distribución de empleos y dignidades" (14). Guiado por su buen sentido, el pueblo sabe escogerse a los hombres mejor que los príncipes (15), o "un corto número de personas encargadas de hacer tales distribuciones" (16). En realidad, las elecciones constituyen un problema muy serio y delicado. Maquiavelo lo sabe bien y por eso vacila en algunas afirmaciones; pero de ello nos vamos a ocupar más adelante.

Las consideraciones que acabamos de ver, guardan cierta relación con las que hace Aristóteles en su *Política,* refiriéndose al mismo tema: "Por la misma razón que un banquete al que muchos contribuyen es mejor que el de uno solo, también juzga mejor una multitud que un individuo cualquiera. Además, una gran cantidad es más difícil de corromper, por ejemplo, una gran cantidad de agua se corrompe más difícilmente que una cantidad pequeña, y así la muchedumbre es más incorruptible que unos pocos: si el individuo está dominado por la ira o por cualquier otra pasión semejante, su juicio se corromperá, necesariamente, mientras que en el otro caso tendrían que irritarse y errar todos a la vez".

"En efecto —continúa el filósofo griego en otro pasaje—, cada gobernante instruído por la ley juzga bien; sería absurdo, no obstante, que uno con dos ojos, dos oídos y dos pies y manos viera, juzgara y obrara mejor que muchos con muchos, cuando aún ahora los mo-

narcas se procuran muchos ojos, oídos, manos y pies, haciendo que participen con ellos del poder los amigos de su gobierno y de ellos mismos" (17).

Otro aspecto positivo de la estructura republicana lo ve Maquiavelo en las condiciones especiales que ella brinda para aprovechar en la vida política a los mejores talentos y fuerzas creadoras que nacen en un pueblo. "Si basta, como hemos dicho, la sucesión de dos grandes príncipes para conquistar el mundo, cual sucedió con Filipo de Macedonia y Alejandro Magno, lo mismo debe hacer una república, teniendo en su mano elegir no dos, sino infinitos hombres de genio que sucedan unos a otros en el poder; cosa que ocurrirá en toda república bien constituída" (18). Aún más: el régimen republicano no sólo disfruta de esta abundancia de talentos, sino también de la libertad de escogerlos o cambiarlos conforme a las exigencias específicas del momento histórico. La república romana podía sentirse feliz, afirma Maquiavelo, de poseer en las horas decisivas de su historia no sólo a un Escipión Africano, sino también a un Fabio Máximo Cunctator, dotados cada cual, de la mejor manera, para cumplir las grandes tareas que la situación respectiva imponía. Esta es una de las razones de peso, que arroja nuestro autor para demostrar que el régimen republicano es más ventajoso que el monárquico. "Las repúblicas —dice— tienen más vida y mejor, y más duradera fortuna que las monarquías, pues pueden acomodarse, a causa de la variedad de genios de sus ciudadanos, a la diversidad de los tiempos, cosa imposible para un príncipe; porque un hombre acostumbrado a proceder de cierto modo, no cambia de costumbres, según he dicho, y, cuando los tiempos varían en sentido contrario a sus procedimientos, por necesidad sucumbe" (19).

El tercer aspecto de la república, que destaca Maquiavelo, con un gran entusiasmo, es la máxima posibilidad que se da en ella para la realización del bien común. "No es el bien particular —según su opinión— sino el bien común lo que engrandece los pueblos, y al bien común únicamente atienden las repúblicas" (20). Maquiavelo pone de relieve aquí, por una parte, los amplios beneficios que trae consigo la libertad, la que constituye, sin lugar a dudas, el mejor estímulo de las iniciativas de los ciudadanos; y, por otra parte, la integración armoniosa de los intereses particulares en el interés común, la que se logra mediante una legislación que impone la mayoría. "Es cosa fácil comprender —afirma el viejo republicano— de donde nace la afición de los pueblos a las instituciones libres, porque se ve, por experiencia, que sólo cuando hay libertad aumenta el poder y la riqueza de los ciudadanos. Causa, en efecto, admiración considerar cuánta fue la grandeza de Atenas en el espacio de cien años, después que se libró de la tiranía de Pisístrato, y aún es más maravillosa la de Roma después que abolió la monarquía... En ellas sólo (en las repúblicas) se ejecuta o encaminado al provecho público, aunque perjudique a algunos particulares, pues son tantos los beneficiados, que imponen las resoluciones a pesar de la oposición de los a quienen dañan" (21).

Debemos señalar que lo expuesto hasta aquí constituye sólo una parte de la doctrina republicana de Maquiavelo; y precisamente la parte lúcida, ideal, la que veía el desterrado florentino en sus visiones y ensueños. Existe, sin embargo, otra, sombría e inquietante, cuando nuestro autor se sumerge en los detalles de la realidad política; cuando tropieza con puntos vulnerables y advierte peligros. Maquiavelo era demasiado escéptico para que no tuviese dudas y, por otra parte, demasiado imaginativo para que no sacara de ellas las más extremas consecuencias.

Nuestro autor no puede olvidar su premisa fundamental de que los hombres son "malos y dispuestos a emplear su malignidad natural siempre que la ocasión se lo permita" (22). Desde luego, una buena legislación, junto con todas las virtudes del or-

den republicano, tienden a atenuar esta desconfianza. Pero ¿hasta qué grado?

Tenemos que recordar, además, qué efectos puede producir en la vida pública la simple ignorancia del individuo y —lo que es mucho peor— la de la multitud. El peligro de la demagogia que convulsiona a las democracias modernas, no obstante sus largas tradiciones en algunos casos, amenaza de un modo más grave aún a la república de Maquiavelo. A pesar de su convicción de que el pueblo es prudente y capaz de "discernir la verdad en lo que oye" (23), admite, sin embargo, que éste puede cometer también grandes errores: "Digo, pues, que el medio más fácil de arruinar la república donde el pueblo tenga facultades para tomar determinaciones, es aconsejar a éste brillantes conquistas, porque en tal caso siempre decide acometerlas, sin que puedan impedirlo los de contraria opinión" (24). En ciertas circunstancias, Maquiavelo lo sabe muy bien, se puede inflamar a la muchedumbre con relativa facilidad, empleando para ello discursos ardorosos y grandilocuentes, aunque en el fondo reñidos con el buen sentido y la verdadera realidad de las cosas.

La misma cosa puede ocurrir también en las elecciones. Lo que se dice de los candidatos "por pública voz y fama", no siempre corresponde a la verdad. Maquiavelo admite que el pueblo puede engañarse respecto a la reputación o acciones de un hombre, estimándole más meritorio y más capaz de lo que sea en realidad (25). La república corre aquí un riesgo mayor que la monarquía: "cosa que no sucederá a un príncipe, porque se lo advertirán y lo desengañarán sus consejeros" (26).

Para dar solución a este problema crucial, los legisladores de una república deberían promulgar leyes especiales, asegurando mediante ellas la más amplia libertad de propaganda electoral. De este modo, tal vez, sería posible prevenir algunas equivocaciones: "que cuando se vea al pueblo inclinado a hacer mala elección, sea lícito y en parte honroso a cualquier ciudadano, dar a conocer en públicos discursos los defectos del candidato, para que sabiéndolos el pueblo pueda elegir mejor" (27).

No se puede dudar acerca de los beneficios que tal legislación trae consigo, pero ella no elimina en ningún caso los peligros de la demagogia. Esto inquieta mucho a Maquiavelo, porque conoce muy bien las ambiciones, la envidia y la ingratitud de la gente. "Siempre ha ocurrido y sucederá —dice— que las repúblicas hagan poco caso con los grandes hombres en tiempos de paz, porque envidiándoles muchos ciudadanos la fama que han logrado adquirir, desean ser sus iguales y aun superiores" (28). Este es un caso muy inconveniente para el Estado: no sólo se le impide disfrutar de sus mejores talentos, sino que —lo que es peor aún— rechazándolos injustamente, se produce una grave amenaza para su seguridad interior. A fin de evitar este mal, receta Maquiavelo un remedio muy fuerte: permanente estado de guerra o de emergencia, es decir: "organizarse de tal suerte para la guerra que en cualquier momento se pueda hacer y constantemente sean precisos los servicios de los ciudadanos famosos, como hizo Roma en sus primeros tiempos" (29). La solución, indudablemente, merece muchos reparos.

Existe también otro factor que causa graves daños en la vida de la república. Es el poder económico de algunos ciudadanos. Su influencia se manifiesta por todas partes, incluso en las elecciones. Las posibilidades del fraude o del cohecho son siempre muy vastas. Todo esto asusta a Maquiavelo de tal manera que se ve obligado a hacer otra proposición radical: "impedir que los ciudadanos se hagan ricos, a fin de que no puedan, con riquezas y sin virtud, corromper a los demás" (30). Se siente cierta inclinación hacia el socialismo en sus palabras. En otro capítulo, se expresa con más fuerza aún: "Las disposiciones más útiles en una república son las que sirven para mantener a los ciudadanos en la pobreza" (31). Con ello, sin embargo, no se pronuncia Maquiavelo en contra de la propiedad privada en gene-

ral, sino más bien en contra de sus excesos que perjudican al bien común. La pobreza que pone como ideal, no es la de un proletario, sino la de un Lucio Quintio Cincinnato.

Para ser justo con Maquiavelo, hay que poner de relieve su principal punto de vista. Maquiavelo no es y no aspira a ser demócrata en el sentido moderno de la palabra. Aunque usa en su vocabulario los términos como "instituciones libres", "gobierno libre", "forma democrática de gobierno", "régimen popular o democrático", no hace mucho caso de los asuntos particulares del ciudadano. No le interesa éste como persona humana que tenga sus propias aspiraciones de bienestar, felicidad y dignidad, y que desee sentirse, en ciertos sectores de la vida, completamente autónomo frente al Estado. Para Maquiavelo, existe solamente el Estado que constituye un valor en sí mismo, un valor absoluto. Su fuerza y su justificación residen, sobre todo, en el hecho de procurar el bien común de los ciudadanos. Sin embargo, eliminada la posición independiente del individuo, su valor substancial e inconmensurable, el concepto del bien común puede servir para cualquier cosa. Porque el Estado tenderá siempre hacia el máximo desenvolvimiento de su potencialidad, sin tomar en cuenta los sacrificios y sufrimientos de sus ciudadanos. Si quisiéramos expresarnos en forma tajante, aquí no es el Estado que existe para el individuo, sino más bien el individuo quien existe para el Estado.

Maquiavelo cree que el régimen republicano, en ciertas condiciones, sirve para los fines del Estado de un modo más eficaz que cualquier otro. Sus ventajas consisten, sobre todo, en los benéficos estímulos que proporcionan a la comunidad política las llamadas libertades cívicas. Estas, empero, siempre están en relación con los efectos que producen. Es útil y aun preciso abolirlas, junto con todo el orden republicano, cuando otra forma de gobierno promete mayores posibilidades de engrandecimiento y de poderío.

III. La Doctrina del Estado de Emergencia

Con mucha frecuencia, expresa Maquiavelo su preocupación y dolor ante la relajación y la decadencia que siguen a todo florecimiento político. En esto, el régimen democrático está sujeto a la misma ley que las demás formas políticas; después de un tiempo más largo o más corto, se corrompe y se acaba.

Siguiendo el esquema cíclico de Polibio, Maquiavelo nos muestra, en los siguientes términos, el final del gobierno democrático: "Cuando desapareció la generación que lo había instituído.., inmediatamente se llegó a la licencia y a la anarquía, desapareciendo todo respeto lo mismo entre autoridades que entre ciudadanos, viviendo cada cual como le acomodaba y causándose mil injurias; de suerte que, obligados por la necesidad, o por la sugestión de algún hombre honrado, o por el deseo de terminar tanto desorden, volvióse de nuevo a la monarquía" (32).

En su *Historia de Florencia,* nuestro autor insiste especialmente en las nefastas consecuencias que traen consigo, en la vida republicana, las divisiones, parcialidades y luchas civiles, cuando no se mantienen dentro de cierto marco de legalidad y patriotismo. "Ninguna lección —dice— es tan útil a los ciudadanos que gobiernan la república como la que pone de manifiesto las causas de los odios y de las divisiones en la ciudad; para que, instruídos por el peligro de otros, mantengan la concordia. Si interesan los ejemplos de la historia de otras repúblicas, mucho más conmueven los que de la propia se leen, y son mucho más útiles; y si las divisiones en las otras repúblicas han sido notables, en la de Florencia fueron notabilísimas... En Florencia hubo primero discordia entre los nobles, después entre los nobles y el pueblo, y últimamente entre el pueblo y la plebe; ocurriendo muchas veces que, triunfante uno de estos partidos, se dividía en dos; divisiones que produjeron

tantas muertes, tantos destierros, tanta extinción de familias, que no pueden compararse a las de ninguna otra ciudad de que se tenga memoria" (33).

El desenlace final de estos desbordes fué, como lo sabemos, la dictadura de los Médicis. Los propios ciudadanos de Florencia fueron quienes le prepararon el terreno.

Maquiavelo busca, sin embargo, una causa general y más profunda de la corrupción de las formas políticas y de la decadencia de las naciones, y la encuentra en la desaparición de la virtud de la vida pública.

Hay casos, sin embargo, en que la virtud sólo decae o se adormece, pero no desaparece por completo. Maquiavelo cree que, mediante titánicos esfuerzos del hombre, se puede despertar a la virtud decaída; que, eliminando del campo político la podredumbre que lo cubre, se puede crear condiciones para un nuevo florecimiento. Por supuesto, en esta segunda etapa rara vez alcanza el pueblo la misma grandeza que en la primera, cuando aparece con todo el encanto de sus fuerzas juveniles y su afán de expansión. Porque, entretanto, una gran parte de la virtud se pierde, sin esperar su vuelta.

Esta gran misión de regeneración nacional debe asumirla, según estima Maquiavelo, un solo hombre. No hay otra solución. Como en los comienzos de la vida política aparece una sola persona que ejerce el poder y da al pueblo un conjunto de leyes, así debe ser también el reformador. "Es indispensable —dice el autor— que de uno solo dependa el plan de organización y la forma de realizarla... Una reunión de hombres no es apropiada para organizar un régimen de gobierno, porque la diversidad de las opiniones impide conocer lo más útil" (34).

En una situación crítica, en que hay que poner fin al desborde de las pasiones, apaciguar las enemistades, corregir las leyes y levantar la moral del pueblo, son necesarias facultades extraordinarias, un poder "casi regio". (35) o más bien dictatorial. Pero Maquiavelo no se contenta con esto. Su viva imaginación y su ardor político lo arrastran mucho más lejos.

La reforma que debe emprender su héroe, su hombre providencial, constituye, en el fondo, una lucha contra la mala fortuna, con el propósito de arrancarle a ésta su poder omnímodo sobre los hombres (36). Por supuesto, tal lucha nunca puede ser fácil: se trata de una lucha verdaderamente sobrehumana. Para ganarla, dispensa Maquiavelo a su príncipe-reformador de cualquier consideración de los medios. Todos ellos son buenos y justos, cuando sirven para sus fines. Ante todo y sobre todo, lo indispensable es salvar la existencia y la libertad del pueblo (37).

En este empeño, noble y grandioso, debe "el nuevo príncipe" reunir en sí dos naturalezas: la del hombre y la de la bestia, porque necesita emplear medios humanos y bestiales a la vez (38). Además, debe proceder con la fuerza y con la astucia, es decir, ser a la vez león y zorro: "zorro para conocer las rampas, y león para asustar a los lobos". No debe detenerse tampoco, cuando las circunstancias le obligan a "hacer algo contrario a la lealtad, a la clemencia, a la bondad o a la religión" (39).

Tétricos son estos preceptos y esta "medicina forte" que prescribe el autor para regenerar una nación. El mismo lo siente y lo lamenta, pero ¿qué hacer, cuando no existe otra solución? Los romanos decían: "Necesitas legem non habet". Esta necesidad es algo superior a todas las leyes, normas éticas, humanidad, etc.

Como completamente falsa e inaceptable considera Maquiavelo la idea de que sería preciso levantar al pueblo por medio de una renovación interior, espiritual, como lo enseña la religión cristiana. De esta manera, piensa él, no se podrá lograr nada. ¿Quién convencerá a los hombres entregados a sus odios, rencores y codicias, cuando ellos no sienten temor alguno? Por esto, los reformadores que confían sólo en el poder de los valores espirituales, nunca realizan sus fines. Ellos son hombres pobres: "profetas sin ar-

mas". Uno de ellos fué Savonarola quien terminó lamentablemente en las llamas de la hoguera. Frente a él, coloca Maquiavelo a otro contemporáneo suyo: a Cesare Borgia. A pesar de que éste también fracasó en su empeñó, su figura, sin embargo, adquiere en las visiones de Maquiavelo la grandiosidad de un héroe. Al decir verdad, Cesare no fué su modelo ideal, como pudieran serlo los grandes libertadores nacionales de la Antigüedad (Moisés, Ciro, Teseo, Rómulo); pero su valor personal, su audacia y, sobre todo, sus magistrales métodos de acción revelan en él la existencia de la virtud, de la misma virtud indomable en cuya abundancia vivía la antigua Roma.

El príncipe ideal en quien piensa Maquiavelo en sus noches de insomnios, en San Casciano, es ya una figura enteramente renacentista, como si fuese una de esas hercúleas estatuas de mármol esculpidas por Miguel Angel. En vano buscaríamos en su fisonomía algún rasgo común con el hombre medieval. Aquel héroe no tiene nada que ver con los altos ideales que proclamaba la Edad Media: los de un santo o de un caballero.

Refiriéndose a este contraste, Wilhelm Waetzold hace una bellísima comparación: "El santo, aquel príncipe sin armas, cuyo reino no es de este mundo y quien busca sólo un poder sobre las almas, despreciando cualquier fuerza física, está fuera del pensamiento de Maquiavelo. El tiempo de un Francisco de Asís ya había pasado y el momento pertenecía a un Julio II. En su análisis de la lucha política, Maquiavelo tampoco quiere saber algo del ideal caballeresco que se formó en la Edad Media y en el cual el ánimo combativo con el sentimiento moral, la fuerza con la clemencia, la temeridad con la disciplina. El *eques christianus* cuya encarnación más acabada nos representa el gobernante cristiano, actuaba por el mandato de Dios, en humildad y obediencia. *Il principe,* en cambio, está bajo la ley de su indómita virtud: es fuerte y astuto, es león y zorro en una persona" (40).

El hombre que se propone reformar un Estado corrompido, no se detiene, según expresa Maquiavelo, ante ninguna consideración de la legalidad. Por la fuerza adquiere su poder y por la fuerza lo mantiene, empleando para ello todos los medios que están a su alcance. Sin embargo, después de haber ordenado la vida política de la nación, restituído su orden interno, debería retirarse, al igual como lo hace el fundador ideal del Estado; debería ceder el lugar, nuevamente, a la república, confiando el régimen "al cuidado de muchos interesados en mantenerlo" (41). Esta obligación que impone Maquiavelo a su príncipe, nos parece completamente lógica y consecuente, si nos recordamos lo que él mismo dice sobre los peligros de la monarquía, especialmente de la hereditaria. Pero los preceptos que imparte a este respecto son vagos e imprecisos: no es posible descifrar en ellos ni cuánto tiempo debe permanecer el príncipe en el poder, ni con qué medios se podrá obligarlo a retirarse, cuando él mismo se niegue a hacerlo.

Analizando esta parte de la doctrina de Maquiavelo, la que constituye el núcleo principal de su obra *El Príncipe,* y que la crítica alemana suele llamar "dactrina de la emergencia" *(Notstandslehre),* tenemos que hacer dos observaciones fundamentales: 1.° acerca de la eficacia moral de la llamada "medicina forte" que él prescribe, y 2.° acerca de las buenas intenciones de su príncipe-reformador.

Ya hemos señalado más arriba que Maquiavelo confía sólo en los medios políticos y sólo con ayuda de ellos se propone combatir la corrupción de un pueblo, desdeñando cualquier apostolado espiritual. Nos parece probable que un príncipe, actuando conforme a las normas del autor, logre, en ciertas circunstancias, implantar en su país un orden estricto y aun beneficioso; pero, en lo referente a la moral, las costumbres y las virtudes cívicas, sus esperanzas son excesivas. Muchos de los medios cuyo empleo aconseja, van a ejercer en las masas una influencia nefasta, contraria a sus deseos. Los me-

dios crueles e injustos no se transforman, en manos del dictador, en buenos y generosos. Con la infracción de las normas éticas y jurídicas, con la falacia y el perjuicio, el veneno y el asesinato, con todo esto se puede aterrorizar a los hombres, pero no se puede educarlos.

Es muy dudoso que, después de un régimen como éste, sea el pueblo capaz de adoptar de nuevo la forma democrática de gobierno. El despotismo de un tirano sanguinario, como Borgia, lo llevará más bien a una decadencia moral completa, que a la regeneración. El camino que traza el autor es, en realidad, un camino hacia la esclavitud. Este será el resultado final del gobierno tiránico del llamado príncipe-reformador, si las fuerzas espirituales latentes en el alma humana no logran contrarrestar los efectos de la corrupción que él siembra a su paso. La viva imaginación del político florentino, sin embargo, le hace creer, como observa Hans Freyer, que la alquimia política puede llegar tan lejos "que la corrupción sumada a la corrupción se convierta en oro" (42).

No menos ilusoria nos parece también la posibilidad de que el príncipe, cumplida su misión, renuncie al cargo para restablecer el orden republicano. Debía hacerlo, opina nuestro autor, por los motivos del bien común. Pero ¿"hasta qué punto serán eficaces estos motivos en el corazón endurecido de aquel "hombre fuerte"? Los impulsos más poderosos que inspiran sus acciones son de carácter netamente personal: la ambición, el afán del poder y de la dominación, el anhelo de la gloria. Maquiavelo mismo lo siente y, por esto, advierte: "Y en verdad, cualquier príncipe ambicioso de la gloria del mundo, debe desear la posesión de una ciudad corrompida, no para aniquilar por completo en ella las buenas costumbres, como César, sino para reorganizarla como Rúmulo" (43). De modo que él mismo admite que muchos van a luchar por el poder con el propósito de César, ya desde un comienzo. Y su príncipe ideal que llegue con una intención noble, ¿no tendrá dudas y conflictos en su alma? El poder y la gloria son como un dulce veneno que excita la sangre humana hasta extremos más increíbles. ¿No le sugerirán una gran confianza en sí mismo y el desprecio de la multitud a crear, en tales circunstancias, alguna teoría mesiánica que justifique todas sus medidas para perpetuarse en el poder?

Cuando una comunidad política se sale, una vez, de los cauces constitucionales, es difícil después volver a ellos. Lo que ocurre frecuentemente es que un tirano queda reemplazado por otro que es, a veces, peor que el anterior. Creemos que sería a propósito citar aquí una antigua anécdota que ha recogido Tomás de Aquino en su *De regimine principum:*

"Cuando todos los ciudadanos de Siracusa deseaban la muerte del tirano Dionisio, una mujer anciana rogaba que se conservara incólume. Llegada la noticia a oídos del tirano, preguntó a la anciana por qué deseaba que sobreviviera, a lo cual contestó la anciana: "Cuando era joven deseaba la muerte de un tirano que nos resultaba insoportable, pero una vez muerto aquél, le sucedió otro que fué mucho más intolerable aún, y por lo tanto también rogaba por su muerte, hasta que por fin caímos bajo tu tiranía que es la peor de todas las que conocí. Pero como me temo que una vez desaparezcas tú, nos tocará un sucesor todavía peor, por eso ruego por tu salud" (44).

"Fué el destino de Maquiavelo —dice Meinecke— común al de muchos célebres pensadores de la humanidad, el de influir en la vida histórica sólo con una parte de su obra" (45). La observación es muy acertada: Maquiavelo hizo efecto sólo con su *El Príncipe* que es una verdadera novela política. El público lo leía con una gran curiosidad, pero no se interesaba por otras obras suyas. *Discursos,* la obra capital de Maquiavelo, era y sigue siendo relativamente poco conocida. Ella, sin

embargo, contiene los mejores deseos e intenciones del pensador florentino: su doctrina republicana.

Resumiendo la influencia histórica que ejerció el pensamiento de Maquiavelo, cabe señalar, en primer término, la extraordinaria contribución que él ha aportado al nacimiento de la ideología del Estado absoluto; él fué quien echó sus primeros cimientos. "Este Estado —dice Hans Freyer— estaba ya en sus comienzos en toda Europa. Maquiavelo vió sus principios; reconoció, con la mirada de un vidente, que el futuro le pertenecía y le dió, mientras se estaba gestando, su buena conciencia" (46).

El aporte de Maquiavelo consiste, además, en haber proclamado enfáticamente la autonomía de la acción política, lo que significó elevar al Estado, dentro del área de sus intereses, por encima de todos los valores espirituales. Ello iba acompañado de fuertes tendencias autocráticas que fluían de su "doctrina de la emergencia", la que los gobernantes aceptaron con un gran entusiasmo, pero sin los límites ni restricciones que les imponía Maquiavelo. *El Príncipe* se convirtió en un verdadero breviario de todos los déspotas y dictadores. En cambio, sus ideas republicanas y democráticas no han tenido prácticamente ninguna trascendencia.

NOTAS

(1) Pascuale Villari, *Maquiavelo. Su vida y su tiempo,* Biografías Gandesa, México, 1953, pág. 48.
(2) Karl Brandi, *El Renacimiento,* en: *Historia Universal,* Espasa-Calpe, Madrid, 1952, t. IV, pág. 293.
(3) *El Príncipe,* cap. 26, Trad. Luis A. Arocena, Ediciones de la Universidad de Puerto Rico, Revista de Occidente, Madrid, 1955.
(4) Wilhelm Dilthey, *Hombre y Mundo en los siglos XVI y XVII,* Fondo de Cultura Económica, México, 1944, pág. 36.
(5) Friedrich Meinecke, *Einführung in Machiavellis Fürst,* Klassiker der Politik, Berlín, 1923, t. VIII, pág. 43.
(6) *Discursos,* L. I, cap. 2, Trad. Luis Navarro, en: *Obras políticas,* Ed. El Ateneo, B. Aires, 1952.
(7) *Disc.,* I, 17.
(8) *Disc.,* I, 2.
(9) *Disc.,* I, 9.
(10) *Disc.,* I, 17.
(11) *Disc.,* I, 58.
(12) Ibid.
(13) Ibid.
(14) *Disc.,* I, 47.
(15) *Disc.,* III, 34.
(16) *Disc.,* I, 47.
(17) Aristóteles, *Política,* L. III, caps. 15 y 16, Trad. Julián Marías y María Araujo, Ed. Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1951.
(18) *Disc.,* I, 20.
(19) *Disc.,* III, 9.
(20) *Disc.,* II, 2.
(21) Ibid.
(22) *Disc.,* I, 3.
(23) *Disc.,* I, 58.
(24) *Disc.,* I, 53.
(25) *Disc.,* III, 24.
(26) *Disc.,* III, 34.
(27) Ibid.
(28) *Disc.,* III, 16.
(29) Ibid.
(30) Ibid.
(31) *Disc.,* III, 25.
(32) *Disc.,* I, 2.
(33) *Historia de Florencia,* Prólogo, en: *Obras Históricas,* Ed. Poseidón, B. Aires, 1943.
(34) *Disc.,* I, 9.
(35) *Disc.,* I, 18.
(36) *Disc.,* II, 30.
(37) *Disc.,* III, 41.
(38) *El Príncipe,* 18.
(39) Ibid.
(40) Wilhelm Waetzold, *Niccolò Machavelli,* München, 1943, pág. 150.
(41) *Disc.,* I, 9.
(42) Hans Freyer, *Machiavelli,* Bibliographisches Institut, Leipzig, 1938, pág. 150.
(43) *Disc.,* I, 10.
(44) Santo Tomás de Aquino, *Opúsculos Filosóficos,* L. I, cap. 6, Trad. Antonio Tomás y Ballús, Ed. Poblet, B. Aires, 1947.
(45) Friedrich Meinecke, *Die Idee der Staatsräson in der neueren Geschichte,* 3.ª Edi., R. Oldenbourg, München, 1929.
(46) Hans Freyer, op. cit., pág. 165.